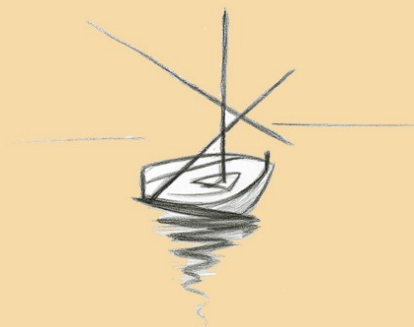


francesc costa
en la asombrada vida



francesc costa

en la asombrada vida

a ti, hija de un mundo antiguo, donde el amor

Dibujo, Francesc Costa Marsillach (1918-1994), mi padre.

To begin at the beginning, it is spring, moonless night in the small town. Leopardi, «para vivir felices debemos proponer una finalidad a la propia vida. O la gloria literaria, o la fortuna, o la dignidad, un proyecto en suma. Yo no he podido jamás concebir como pueden gozar, cómo pueden vivir, los ociosos y sin preocupaciones que, en la madurez o la vejez, pasan de goce en goce, de diversión en diversión, sin haberse nunca propuesto un objetivo al que dirigirse, sin nunca haberse preguntado a ellos mismos: ¿de qué me servirá mi vida? no he podido imaginar que vida es la que llevan, que muerte la que esperan; por otra parte, estos fines valen poco en sí mismos, pero tienen mucho valor los medios, la ocupación, la esperanza, el imaginarlos como grandes bienes a fuerza de apego, de pensar en ellos y de conseguirlos, el hombre puede y debe fabricarse por sí mismo esta clase de bienes».

En la Asombrada Vida

*perché la vita è un brivido che vola via
è tutto un equilibrio sopra la follia. Rossi*

ricorda che l'ironia ti salverà la vita. Mannoia

Recostado ante la luz del ocaso, en la lejanía el sol de una sierra maldita, un anciano me habla. Nadie le queda para recordar. Pasea por el cementerio conversando con los que no le pueden oír: la hija, el amigo, el vecino. Los pasos me acercan a los restos de un claustro arruinado, que la hiedra rodea, tumbas heridas de gente olvidada. En el letargo de este sol de verano trazo la huella de los que no están. Urgell conoce estos horizontes: espacios sólidos, cielo de piedra, destino vacilante de una sombra, la pared abatida que el musgo recorre. Intuyes lo húmedo.

Amena primavera. Peces en el aljibe que un niño observa: rosas, lirios, el limonero. La mirada atenta de una abuela. Su amor suave permanece. Imágenes en blanco y negro que disponen mi recuerdo y guardan instantes de felicidad –solo estos instantes– de gentes anónimas que se desvanecerán conmigo, el único que las reconoce. Los recuerdos, solos se quedan.

Le conocí anciano, casa de argamasa, una mesa para celebrar, historias leves, historias hondas, un mar entre collados anegó la vida del pueblo, «era hermosa la vega», su padre, su abuelo, huesos sagrados.

En esta esquina, casa demediada, ruina que habita un árbol. Aldea de una sola calle, silencio bajo la altura de San Juan: campo, cañada, senda. La geología acomete. Con los ocres del atardecer, de mi atardecer, habitaré paredes ajenas en el viaje a la memoria. Campiña que ofrece lo arisco, intruso en un paisaje apartado de mi verde, de recuerdos primeros, donde, me cuentan, alguien acabó con la vida de alguien un día relegado y el agravio aun recorre el lugar. En este mundo retirado, lleno de días, atiendo a historias de longevos habitantes afables, gentes que insisten en las sombras de su tiempo. Frente a la ventana, escribo de entonces.

Clasificando archivos he conocido personas de tiempos remotos, en sus cartas, en sus pleitos. Lo privado y ahora olvidado, sin una familia que ampare sus debilidades, y las reserve de miradas indiscretas.

Recorro en Laugharne el húmedo pasaje, relente,
verdes, olas pronto oceánicas del río Taf. Y escucho
a Rosie, what seas did you see, Tom Cat, Tom Cat, in
your sailing days long long ago; eco del capitán:
seas barking like seals, blue seas and green, seas
covered with eels, and mermen and whales. Él, en
su refugio blanco.

Mediodía de un sábado al salir de la escuela, con once años. En una esquina de la plaza del mercado, un hombre y una mujer: él entonaba un drama acompañado de guitarra. Sería ciego, pues en estos menesteres era requisito, pero no lo recuerdo; ella, en un cartel de aleluyas, señalaba con un bastón la escena que correspondía al canto, eco de un tiempo remoto. Cuando las letras me perseguían, lector de todo horizonte, conocí gentes amables que ofrecían en sus comercios gratos tomos que encerraban lo sorprendente. Uno de ellos, anciano que atesoraba miles de noticias cervantinas y a quien visitaba en su piso –escalera noble para llegar al tesoro–, me obsequió una colección de esos versos de caña y cordel donde habita la crueldad. En ellos, regreso a esta esquina de mi infancia.

Parte del sur, pobre, maleta de madera y ansiedad.
Tren que porta gente, gente nata tra gli ulivi, porta
gente che va a scordare il sole, ma è caldo il pane
lassù nel nord, sudore e mille valigie, discendono
uomini cupi, che hanno in tasca la speranza. Lo
conocieron en Sevilla, en Valencia, en Barcelona, del
sur a mi ciudad, para comer. Salió del pueblo con la
boina calada, ruta ferroviaria, ruta a lo desconocido,
al norte también. Vio que a lo largo del trayecto iban
desapareciendo las boinas, y cuando su cabeza era la
única cubierta aprendió que el territorio era hostil.

he recorrido millas atlánticas
conocen mis negocios las ciudades
vino que saborean en Montevideo
carne argentina en Matanzas
algodón de Savannah cruza el mar
derrotas que frecuento incansable
la vida entre fardos y el bergantín
en un pequeño pueblo catalán nací
gentes marineras y mujeres viudas
cementerio alejado de la costa
para no recordar a los ahogados
construí un mausoleo orgulloso
olvidado mi nombre
el mármol blanco conserva los siglos
el ángel erguido observa el ciprés

Esta anciana se desvanece entre el olor de tilos, una
mano la acaricia lentamente, esposo de mirada
agradecida, era primavera, lo recuerdo. Les vieux ne
meurent pas, ils s'endorment un jour et dorment
trop longtemps, ils se tiennent la main, ils ont peur
de se perdre et se perdent pourtant. Vous le verrez
peut-être, vous la verrez parfois en pluie et en
chagrin, traverser le présent ...

Se hizo un silencio pánico, sobremesa amable con gentes bondadosas, en Cagliari. El azar en el barco que me acercaba a la isla. Un joven me invitó a su casa y en la mesa de esta familia italiana yo era la fiesta aquel domingo de verano, buena comida y el interés por las cosas de mi país. Postres, cafés, licores y era ya tiempo de agradecer las atenciones y despedirme cuando el abuelo se levantó y empezó a cantar *giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza*. Las miradas me cercaron ¿conocería el joven forastero el significado de la canción? Improbable. Si yo les cantara *cara al sol con la camisa nueva*, también improbable situarse en el drama español; pero sí, lo conocía y se dieron cuenta. La *mamma*, inmensa, *il nonno ricorda la sua giovinezza*.

Espera un trayecto accidentado, entre aldeas,
desnivel que acerca al río Mesa, cerradas de piedra
seca desmoronándose, memoria de lagunas
abandonadas, un clérigo en esta nada paramera,
llanura abierta, imagen remota en blanco y negro
del camino que cruzaron reyes, deforme,
desatendido, cantos, confín de nubes, y un mulero
arrogante de mirada sólida. Cuarenta kilómetros
por tierras que saben del arroyo agrario, de los siglos
inmutables, laboradores, oradores, esfuerzo repetido
de pecheros que sufren diezmos, primicias, censos,
para pagar guerras lejanas, y se ocupan del ganado
que es la vida, ovejas, bueyes, vacas, terneros, lana
de merinas que en invierno se alejarán del frío,
cañadas, dehesas verdes, desacuerdo de pastores
que se dirime en tribunales lejanos, de gentes que
no viven entre parideras. Sigo escritos que hablan
de la geografía del trigo, del centeno, de la cebada,
de la avena, cultivos en laderas y hondonadas, de un
terreno quebrado, pedregoso, bosques de sabinas,
de carrascas, de quejigos, donde la aliaga, el tomillo,
el cambrón, el enebro, la jara, vegetación rala, clima
riguroso y extremo, tierra de Molina, sexma del
Campo, asolado camposanto de Navafría, de
celtíberos acomodados en horizontes llanos por
donde ahora deambulo en este atardecer apacible,
siglos después del monarca cazador.

Conozco un paraje apartado, sin sendas trazadas,
entre ruinas de troncos y maleza, raíces que
obstruyen el paso, una altura rodeada de vestigios
de labranza. Me adentro guiado por un relato
olvidado y encontré restos de una casa vencida
donde persisten los ecos de una tragedia antigua.
Invierno del ochocientos, días de nieve sin final, un
manto eterno. Una familia campesina abandona su
hogar por el hambre, desciende ciega en la ventisca
hacia la muerte. No alcanzarán el pueblo, y el frío
los vence: ocho cadáveres blancos en el silencio.

En un dialecto del latín, alguien escribió de la sangre
insensata, del eterno retorno que los griegos sabían,
cuando una stirpe subyugó a sus dominadores,
para continuar «la cadena monòtona de lluites,
assassinats, infàmies i disbauxes, car a Pèrsia i arreu
del món una cruel estultícia esclavitza des de
sempre l'home i fa de la seva història un mal somni
de dolor tenebrós i àrid». Eco del ruido y la furia.

Facultad de letras, último año de la dictadura, se va a votar a un delegado, hay dos candidatos, el que anuncia el mañana y el oficial. Se vota a mano alzada, primero cien mil votos al de la barba, y al oficial uno solo, el del ciego de la clase. Silencio absoluto, un estremecimiento recorrió a todo el mundo, el joven no había podido observar la unanimidad previa y se conmovió en su soledad. La humanidad herida acudió al rescate, el contacto de tantas manos, palabras amigas.

Perspectiva que se desvanece. El sol se retira.
Asombra la belleza del instante. Mirada última bajo
el decorado de montañas baldías que guardan el
dolor de guerras relegadas. Arrebato frente a un
mundo que permanece.

Crónicas de batallas, de reyes; prefiero la mirada del ingeniero, que decide el siglo diecinueve y construye lo nuevo. En cien años, el español ya vive en otro mundo, por la mecánica, el hierro, el vapor, la técnica, la ciencia. Lo político se diluye frente a quienes alzan puentes, trazan caminos, levantan industrias, relegados por atrabiliarios personajes de caballo, sable y urna, por ideas que imaginan quimeras y solo ceden dolor.

He imaginado el viaje medieval con amigos que se internan por caminos de sospecha hacia España: Pierre Bergeron, Thomas Platter, Domenico Laffi. Largas jornadas de asombro, encontrar ventas donde comen una sola vianda: olla hecha de hierbas, garbanzos y carne de cerdo; puchero principal y único entre la gente común, compuesto según la estación del año de judías, apio, ternera, verduras, repollo, salchichas, tocino; legendaria *olla podrida*, mezclada en una cazuela. Y de repente, una epifanía en un espacio familiar habilitado como casa de comidas: asombroso eco de las ventas que conoció el manchego loco. En un pueblo catalán relegado, en un comedor limitado, bajo una bóveda que propaga el ruido de un acorde de voces, he compartido mesa con la memoria de los peregrinos, donde el ventero –rancio caballero de ademán popular y pulcritud distraída– ofrece una olla rebosante de garbanzos, salchichas, carne deshilachada y anónimos adobos. En años y libros escritos sobre estos encuentros pretéritos, tantas veces he soñado la *olla podrida*: incertidumbre ya vencida.

Este tren al sur, España años sesenta, adolescentes
que reclama el ejército. Encontré jóvenes iletrados,
campesinos, un pastor. Leía sus cartas –la cosecha,
el ganado, madre–, y contestaba a gentes inquietas
por sus allegados. Estos hijos, mis compañeros, que
ya soñaban con el tren al norte.

la biblioteca del amigo se deslée,
muerto, nadie recoge sus sueños,
nadie abre las páginas dormidas,
la familia, ajena, deja que el olvido
deshaga el tedio de tanto papel,
distingo un Quijote,
generaciones sin espejo
ya no se reflejan en su locura.

En uno de estos lugares donde se barata la vida de los muertos encuentro, esparcida entre artefactos y despojos, la olvidada de alguien que atesoró libros nobles. Sorpresa del sabio Feijoo, que en un volumen de las cartas habla de las maravillas de la música, de la transportación mágica de un obispo, de los milagros, del tránsito de las arañas de un tejado a otro.

En el desorden de mi adolescencia lectora, ingente y desconcertada, recuerdo dos obras menores. En una, un viejo catedrático de filosofía comprende que toda su carrera descansa sobre un fragmento griego que nunca reconoció como apócrifo. La solidez del conocimiento se arruina. Certeza frágil, ¿qué sabemos? En la otra, cada acto de bondad que realiza la protagonista se vuelve en su contra. El relato subvierte la lógica moral: hacer el bien ya no conduce al bienestar. Solo queda la ilusión de encontrar orden en un universo que carece de reglas.

Me acerqué a Japón: kanji, ukiyo-e, Basho, paisajes secos, hojas verdes, hojas nacientes entre la luz solar. Para entender una cosa sola: Nagasaki. La respuesta, en la punta del puñal del general Anami.

En una pared discreta, en medio de este silencio, un destello de color me remonta al pasado de la cartuja, ahora que la recorro con el amigo, solos por galerías desiertas. Sobre la puerta de la iglesia se despliega una pintura gótica; en lo alto, se traza el sendero que conduce al recinto donde reposan los frutos de sus tierras. Las cruces anuncian el viacrucis; un fraile en oración intercede por nosotros, y dos que descienden encuentran campesinos y una mula encaminándose al bancal. Los árboles acompañan la mirada que revela el sólido edificio, piedras que resisten las décadas. En las ventanas de las celdas se ven frailes atentos, otros conversando en monástica labor bajo el aliento de San Bruno. Se ven campesinos en los huertos con la azada, la balsa de riego, la jaula de las aves de corral, el pastor. Cada cosa en su lugar, orden, y los pájaros en el cielo. No es el paraíso porque unos trabajan y otros lo contemplan. Al pie de esta suma, una calavera nos rinde.

El puente, agrietado por las avenidas, lo cruzaron evitando raíces y desechos. Las calles intransitables: casas hundidas, restos de edificios obstruían el paso, árboles donde el firme había desaparecido. La densa vegetación engullía la que antes era orgullosa ciudad, vacía de voces, abandonada. La comitiva superó los obstáculos amparada por gente armada, porque en las ruinas habitaban lobos. Llegaron a la inmensa escalinata, invadida por fronda de arbustos, alimañas, cuervos, troncos de hiedra sin número, jungla trepando que escondía la que un día fuera catedral de Gerona.

Un naufrago llega a las costas feacias, le recibe
hóspito el rey Alcínoo. En su anonimato, nos cuenta
Homero, escucha el relato de un aedo que canta las
hazañas de Ulises, el destino ignorado del héroe tras
la caída de Ilión. Él será el desaparecido, teje
aventuras, arrebatado por las sirenas, enfrentando
peligros, el que ciega al cíclope, el que sufre a Escila
y Caribdis. El que Penélope no ve en sus ojos el mar
que recuerda.

El viaje, esta vez, ha contado con un protagonista anómalo, porqué no he recorrido los caminos de España a pie ni a caballo; no he sobrellevado las ventas sin piedad, los aguaceros de abril, las nieves altas, el sol sin árboles, o los hombres. Pero he descubierto una geografía escondida en la historia, mirada nueva por lugares perdidos: asombro de casas de adobe, feraces huertas mediterráneas, nubes de ovejas llegando, verde norte de lluvia y llanos de trigo y voluntad. Párreces postergado; seré un pasajero en las barcas de Alconétar que sufren el Tajo; por un camino pedregoso, penoso, montañoso, escarpado. He de ir a la Peza a percibir el agua en la alberca; oquedad de San Adrián entre dos mundos; cerros áridos de la hoya de Guadix que el lagarto recorre; quebrada de la puerta de Arena; voces de frío en la Tablada y luces de plata en la laguna de Fuente de Piedra. Gritaré en los bosques antiguos de Galicia, de tejos sagrados; soledades de un lugar manchego olvidado; paso a salvo por los yermos de los Monegros; me acoge la Virgen de Francia en su peñasco. Al final, al final, el campo de estrellas.

Absorta, la vi, joven. Mirada perdida en una lápida.
Horas de sol, nubes leves, primavera amena,
pájaros. Todo sonrío y un alma en busca de su lugar.
Modiano: «lo que nos hace caer más en la cuenta de
que ha desaparecido una persona son las
contraseñas que existían entre ella y nosotros, que
de pronto se vuelven inútiles y vacías».

Este árbol ignorado, en territorio adverso.

Cuando el puente de Albalat, en el jardín de Berceo,
bajo el cantar ameno de Garcilaso.

Oakeshott: «preferir lo familiar a lo desconocido, lo
experimentado a lo no experimentado, el hecho al
misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo
ilimitado, lo cercano a lo lejano, lo suficiente a lo
sobreabundante». La piel que se reconoce, el
sendero andado, ahora y lo que se tiene.

Giotto era arte contemporáneo. Indudable el ocaso.

Fernández de Andrada: «casi no tienes ni una
sombra vana de nuestra antigua Itálica,
¿y esperas?».

La curiosidad, semilla que no se rinde.

Las ideas los acercaron a la ruptura. Uno concedió.
Para no ahondar lo llamaremos amor.

Escribo de lo que fue,
para los que pronto dejarán de ser.

Increpa a todos en un lenguaje foráneo, y se dirige a
ningún lugar. Desanda, regresa. Le acompaña
incierto una sombra: adolescente, encadenada,
dispuesta al sacrificio.

Sorteando la verdad, se inclinan a sus esperanzas.

Borges señala que los irlandeses vivían «dominados
por la extraña pasión de ser incesantemente
irlandeses».

Con la prosperidad, el letal desánimo que el filósofo
Lipovetsky llama era del vacío: una sociedad que
procura bienestar material, pero no un sentido.
Colapsan las normas por el ritmo acelerado de los
cambios y se debilitan las instituciones que
fomentan el orden, la cohesión social.

Lo que decide la evolución de las sociedades no lo
advierten los coetáneos, recreados en lo accesorio.

Promueven el conflicto en lugar de la cooperación;
alientan el descontento, se alimentan del consuelo.

Cuando la familia era la resistencia a la adversidad.

Al cambiar, desafías lo que otros necesitan que sigas
siendo: desorden en el eco que les habita.

Mueren los abuelos de nietos por nacer.
Sus hijos, perdidos en el vértigo de lazos efímeros.
La soledad, la herencia que reclaman propia

Las ideas esconden nuestros límites, se alimentan de
voces acompasadas, una armonía que atrapa. El
bolero de Ravel, de perímetro absorbente,
categórico, sin divergencias, que habitan los que
comparten su desazón.

Sombras de la caverna.

alejado del mar, presencia de mi padre que no me contagió el deseo del oleaje, y espero al barquero silencioso con la moneda, sin detalles de la otra orilla; he llegado con lluvias otoñales, en un día amable; por calles dilatadas en la ladera de una montaña; antiguo pueblo de marineros que un día descubrieron el trabajo del corcho; casas modestas, aquí solo conocieron ricos de verdad cuando alguien regresó de américa a ocupar su vejez con los recuerdos; don armando, un allegado, con artefactos coloniales y dinero que edificó una casa ajustada a su estado; entro en la humilde y blanca capilla del carmen, vacía de rogativas y de mujeres enlutadas, de mujeres que sufren por el acaso del mar; memoria de los frailes agustinos, restos del naufragio de su convento esparcidos en un jardín, piedras del claustro, la puerta, el rosetón, daliniano paisaje; en palamós y es el día primero de noviembre de 2018 y en otro día primero de otro noviembre, el del año 1918, nació en una casa de la calle mayor, ajetreo de aldeanos mercando, la primera del lado de mar, desaparecida, en la plaza de los árboles, mi padre; recordaba la abuela las campanas a muertos por la gripe que asolaba el lugar al nacer su hijo; se encaminaron a mataró tres años después, abatido el lugar al final de la guerra

europaea con el corcho sin usuarios; volvimos
muchas veces a la playa, sin nadie en verano; por la
familia, las sobrinas de la abuela, mujeres
bondadosas, de cuando ser madre era primero; hoy
paseo por los lugares de mi infancia, las sombras de
mi infancia.

i és que vaig néixer al cameral; la memòria dels anys cinquanta és fràgil, imprecisa; queda la llum, tot és llum en el record, i una imatge de tons grocs, de fotografia virada; comença el viatge en aquell terrat del darrera que els reis feien servir cada gener; el conte dels negritos que els diumenges volia sentir; el carro de l'home que comprava les pells de conill; el venedor de gel que el tallava i el deixava al lllindar; el drapaire amb una romana mentidera; la senyora carmen que venia la tarda a cosir; la senyora rosa que venia a netejar i jugava amb el seu fill que es va ofegar a la banyera; la papeta tota bondat que un dia ens va acompanyar a montserrat; en josep el seu marit que ens arreglava quan estàvem espatllats; el senyor planet que tallava el cabell a domicili i que obeint ordres em va deixar pelat i no el vaig matar perquè tenia dotze anys; el senyor marges un mariner vell i molt vell i de vella barba blanca que m'estira l'orella quan anem a veure'l a la platja; l'oncle joan de riure obert; el corder que treballa en el passadís sota muralla al darrera de les cases del cameral i que el vaig a veure; els cartells de cinema que pinta un senyor i el miro per una finestra de les escaletes; els bous de can puig que s'escapen i tot són corredisses; les visites que mengen galetes i moscatell; la lleteria del senyor eulogio i les vaques a l'estable; la fàbrica del senyor antonio al costat de

casa; veure passar pocs camions i cotxes; la nit de llamps i trons i sense llum i amb un pam d'aigua al menjador; la tarda de diumenge que no explicaré; a can dimas a menjar arròs un dia; cap a l'escola pensant que també hauria d'anar a la guerra; la neu del nadal únic; la llar de foc que diu que qui de jove no treballa quan es vell dorm a la palla; el carrer de sant pere, frontera que mai no passo; els verals de fàbriques, la gentada que surt de can marfà i la fe en dios y una mano fuerte para el trabajo; el tren que passa enmig de les cases; el baròmetre màgic de can maitanquis que diu les coses de temps, i el mira el pare per anar a pescar; les casetes de fusta de la mataroneta; els homes que fan barques a la drassana; i és la casa que va construir el besavi bonaventura que era francès; que va venir sol de l'altra banda de les muntanyes a buscar feina i es va casar amb una argentonina; l'àvia maria que no vaig conèixer perquè va morir massa jove; l'avi miliu que va estar poc temps a la presó després de la guerra; el despatx fosc a l'entrada i l'habitació al costat, la porta folrada de pell que és com tova, la vitrina plena de llibres que regiro, una història dels estats units plena de gravats, la tauleta amb detalls d'ivori i el mahjong; la cooperativa al davant de casa; els pianos de can mensa; la casa de la neus, gent amiga; el progrés elèctric, el telèfon, la rentadora, la nevera, el tocadiscos, la televisió; amb quinze anys deixo el cameral, i ara només viu en el meu record, la memòria que tot ho lliga, i el pare i la mare [2007]

«Lo que teníamos que ver, ya lo habíamos presenciado: aquel instante en el que los hombres se pusieron de pie para recibir a la abuela, la seriedad con que lo hicieron, el respeto y la devoción en sus rostros». Andrés Trapiello

en la asombrada vida paisajes del ayer
la memoria despierta lo que no ha de volver
ausencias que regresan ecos de una voz primera
camino sin destino en la espera
mapas de territorios que jamás existieron
vacíos innombrados silencios que me hirieron
líneas no escritas geografías del alma
rincones no explorados en la melancolía
el tiempo se detiene en este andar profundo
buscando entre palabras lo que oculta el mundo
un viaje de regreso a lo que fue y se esconde
donde ocultar es parte y el alma no responde
y en el olvido lento del viaje al regresar
mi territorio aguarda para poder soñar

Alba de un nuevo día, frente a la ventana. Kenko,
«la más placentera de todas las diversiones es
sentarse solo bajo la lámpara con un libro abierto
enfrente, y hacer amistad con personas de un
pasado distante que nunca has conocido».

Con un libro en la mano, en él un loco cruza tierras
de pan, encontrará una apacible floresta de tan
verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a
la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y
no aprendido canto de los pequeños, infinitos y
pintados pajarillos que por los intrincados ramos van
cruzando, descubre un arroyuelo, cuyas frescas
aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre
menudas arenas y blancas pedrezuelas; en esta
compañía, siguen horas amables.

el amor y tu victoria
días de mañana frágil
esperabas su sonrisa
recordarás al niño en tus brazos
esperar y recordar
el destino del hombre [2023]

Tras las páginas

*como el camino terreno está sembrado de espinas
Dios ha dado al hombre tres dones: la sonrisa,
el sueño y la esperanza. Kant*

Hay una idea en el Bécquer de Veruela que me atrae. En su lejano y solitario retiro le llega cada día un periódico de Madrid, que espera con avidez. Sin embargo, al acometer su lectura, recostado junto a un árbol, al lado de un arroyo que le habla, aire y pájaros, con nadie, se desvanece la premura. El ritmo lento de la naturaleza atenúa el ímpetu. Es el olvido de «la política, las luchas ardientes, las miserias humanas, las pasiones, las contrariedades, los deseos».



En Gabriel Miró me asombra el color mediterráneo de la existencia, donde la tierra cultivada y el mar convergen en un mismo aliento: árboles, montes, casas, mar, seres humanos... todo entrelazado por el soplo vital que la luz solar sostiene. La tierra no es escenario, es memoria viva, sustancia, equilibrio entre la mano del hombre y la grandeza natural. Invita a sentir el paisaje —origen y destino— con todos los sentidos; a habitarlo como experiencia física y espiritual, bajo esta claridad mediterránea en la que lo efímero, por un instante, se reviste de eternidad.

«Tierra de labranza. Olivos y almendros subiendo por las laderas; arboledas recónditas junto a los casales; el árbol de olor del Paraíso; un ciprés y la

vid en el portal; piteras, girasoles, geranios cerrando la redondez de la noria; escalones de viña; felpas de pinares; la escarpa cerril; las frentes desnudas de los montes, rojas y moradas, esculpidas en el cielo; y en el confín, el peñascal de Calpe, todo de grana, con pliegues gruesos, saliendo encantadamente del mar; una mar lisa, parada, ciega, mirando al sol redondo que forja de cobre lo más íntimo y pastoso de un sembrado, un tronco viejo, una arista de roca, un pañal tendido, y, encima de todo, el aliento de la anchura, el vaho de sal y de miel del verano levantino cuando cae la tarde».



Gracián: «gran hechizo es el de la novedad, que como todo lo tenemos tan visto, pagámonos de juegos nuevos, así de la naturaleza como del arte, haciendo vulgares agravios a los antiguos prodigios por conocidos; lo que ayer fue un pasmo, hoy viene a ser desprecio, no porque haya perdido su perfección, sino nuestra estimación». Séneca nos emplaza a evitar «que la lectura de muchos autores y de toda clase de obras denote en ti una cierta vacilación e inestabilidad. Es conveniente ocuparse y nutrirse de algunos grandes escritores, si queremos obtener algún fruto que permanezca firmemente en el alma. No está en ningún lugar quien está en todas partes». Los monjes en sus celdas, releyendo sin fin el libro que no concluye; es antiguo en las religiones inte-

rrogar sus textos milenarios; quizás se trata solo de esto, releer. Mi Quijote, de piel amable, siglo dieciocho, Ibarra me fecit, «todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos».



Busco en Azorín «los confines del horizonte, sobre unos lomazos redondos», las arboledas, la vereda de los rebaños, huertas, trigales, el río que cruza la vega, lo que pasa con el tiempo, y me asombra este arrebató: «La característica más saliente de Gabriela es ésta: la vida es siempre para ella nueva. Hay en ella un hondo instinto de bien y de optimismo. Siempre ante las cosas, ante los incidentes de la vida, Gabriela adopta la actitud de un niño que ve por primera vez el mundo. La adversidad, el rencor humano, no dejan en su espíritu huella de melancolía y de odio. Hay en ella siempre un gesto, un ademán espontáneo y sincero de cordialidad. El más interesado pesimista se queda absorto ante un optimismo de tal suerte. Un optimismo que no supone esfuerzo, ni tensión dolorosa de espíritu, ni abnegación, ni reflexión; un optimismo fresco, vivo, natural, ingénito. Muchas veces, ante un árbol recio y lozano o ante un animal selvático, que se mueve libremente; o ante un perrito joven que retoza lleno de confianza, sentimos que la naturaleza nos da una profunda lección. La vida se entrega cordial y espontánea de todo

nuestro ser. En la casa de Tomás, Gabriela representa una lección perpetua de vida. Gabriela será siempre joven. Cuando su cabeza esté blanca, su corazón estará como el primer día. ¡Novedad perpetua de la vida! ¡Felicidad exquisita la de encontrar siempre nueva la vida! y luego este gesto de bondad que no se cansa, de cordialidad que jamás desconfía».



El cardenal Cisneros, la más alta autoridad de España, quiere devolver el espíritu evangélico a la Iglesia; lo cuenta Marcel Bataillon en su libro inmenso. No podrá, enfrente los cabildos, la aristocracia del clero diocesano. El doctor Johnson señala que «la costumbre establecida no se rompe fácilmente hasta que un gran acontecimiento sacude todo el sistema de cosas y la vida parece recomenzar sobre nuevos principios».



La geografía no es mapa ni coordenada, es fuerza primigenia que ha delineado las fronteras invisibles de la prosperidad y la escasez, que ha encendido la rivalidad en valles, montañas, llanos, cauces. Poderosa y callada, ha modelando paisajes, almas y nuestro destino. Leo en David Landes, que la geografía «declara una verdad desagradable, esto es, que la naturaleza, como la vida, es injusta, desigual en sus

dones; aún más, que la injusticia de la naturaleza no tiene fácil remedio». Samuel Johnson, plantea que «tal parece ser la disposición del hombre, que todo lo que se convierte en diferencia produce rivalidad. Un espacio que cruza por muchas crestas de montañas separa a los habitantes en pequeñas naciones formadas por miles de pugnas enemigas. Cada una exaltará a sus propios jefes, se jactará del valor de sus hombres o de la belleza de sus mujeres, y toda pretensión de superioridad ofenderá a los contrarios, y a veces se cometerán agravios y se defenderán con más agravios, y a veces se intentará tomar represalias y se cobrará la deuda con demasiado interés». Cuando Alarcón cruza la Alpujarra, en su viaje interesante, señala que «el terreno decide del carácter de las razas; aguas y montes demarcan lo que considera su patria cada uno; quien dice montaña, dice frontera; el río se convierte en foso henchido de sangre cuando intenta pasarlo el extranjero; toda batalla tuvo por clave y objetivo la posesión o la conquista de un vado, de un desfiladero, de una eminencia. La historia es esclava de la geografía».



La muerte de Dios anunciada por Nietzsche no inauguró una era de racionalidad, sino que desencadenó una paradoja: la humanidad, liberada de sus antiguos dioses, se apresuró a fabricar otros nuevos. La secularización no extinguió el hambre metafísica del

ser humano; simplemente cambió su destino. Como advirtió Chesterton, cuando se deja de creer en Dios, no es que entonces no se crea en nada, sino que se cree en cualquier cosa. Esta observación, expresa la condición espiritual moderna.

El vacío que dejó el declive de la fe tradicional resultó insoportable. Balmes lo intuyó con claridad: la sociedad, si no es religiosa, será supersticiosa; si no cree cosas razonables, las creará extravagantes, «si no tiene una religión bajada del Cielo, la tendrá forjada por los hombres». Y así el siglo veinte se convirtió en un inmenso laboratorio donde esta idea fue confirmada con sangre. Las ideologías totalitarias que marcaron este tiempo —el comunismo, el fascismo, los nacionalismos mesiánicos— no fueron aberraciones ateas, sino mutaciones del impulso religioso, transposiciones de estructuras teológicas al dominio secular.

Paul Johnson, en su análisis de la genealogía de estos fenómenos, señala cómo la proclamada muerte del Dios cristiano no condujo a un estado de sobriedad racionalista, sino al surgimiento de nuevos dogmas y fervores ideológicos. Nietzsche mismo había identificado la voluntad de poder como la fuerza que suplantaría al impulso religioso, generando un mesianismo despojado de las restricciones morales que el cristianismo había impuesto durante siglos. Esta transformación explica la violencia sin precedentes del siglo veinte: una vez removido el freno trascendente, la búsqueda de sentido y redención se

volcó hacia proyectos políticos con pretensiones absolutas.

La evaporación de la fe religiosa en las élites ilustradas dejó un vacío que fue colmado fácilmente por las supersticiones seculares. Observa Yuri Slezkine, la habilidad de Marx en traducir la profecía tribal de una secta al lenguaje del universalismo, y más notablemente aún, en traducir una profecía de salvación al lenguaje de la ciencia. Esta alquimia retórica dotó al marxismo de una potencia movilizadora extraordinaria: ofrecía la certeza reconfortante de la religión revestida con el prestigio de la racionalidad científica.

Bajo la superficie secular laten las antiguas estructuras culturales con máscaras renovadas. La arquitectura del alma humana permanece inalterada; solo cambian los ropajes con que se viste la necesidad de trascendencia. Los nuevos dogmas reproducen con fidelidad asombrosa los patrones de las religiones tradicionales: crean comunidades de pertenencia, establecen rituales y liturgias, despiertan esperanzas, trazan mandamientos inflexibles, exigen fe ciega. Prescriben penitencias públicas, elaboran relatos de culpa y redención —aunque sin paraíso—, veneran profetas sin templo, erigen dogmas con jerarquías sacerdotales. Se exige el sacrificio del creyente, se castiga implacablemente la herejía, se identifican enemigos cuya existencia justifica la lucha perpetua.

Esta compulsión hacia lo absoluto responde a una necesidad antropológica profunda: dar sentido a un mundo que de otro modo resultaría indescifrable. Las ideologías modernas ofrecen, una vez más, la ilusión poderosa de la redención. Prometen un futuro de justicia, una reconciliación final. El siglo que creía haber enterrado definitivamente a Dios se convirtió en el más religioso de todos, en el sentido más oscuro del término.



Josep Pla escribió que, en el pasado, «la iglesia, la vida de la iglesia, llenaba todo el ámbito situado al margen de la vida del trabajo o habitual. Llenaba los huecos de la existencia de mucha gente. Hoy, todo esto ha pasado de largo, pero no podría decirse que se haya ganado mucho». La religión cristiana, más allá de su carácter sobrenatural, ha sido una herramienta clave en la construcción de la civilización occidental. Ha ofrecido un marco ético que, lejos de intentar transformar la naturaleza humana, ha buscado contenerla y orientarla. «Tutte le religioni del mondo servono come rifugio dal dolore».



«El poeta Teócrito fue algo más que un mero observador de la naturaleza, y el sereno encanto de su arte trasciende la gracia natural de quien veía la vida

como un simple sueño de mar azul y cielo despejado. Él conoció el estruendo de las calles abarrotadas tanto como el silencio del camino campestre, las pompas de la corte real tanto como la sencillez de las enredaderas y los olivos retorcidos en la ladera. Con esos ojos que nada pasaban por alto, vio las vanidades del poder, la fiebre de la ambición, la esterilidad de tanto afán en el que multitudes malgastan sus vidas, engañadas por la ilusión de que el mero ajeteo significa progreso». Hamilton Wright Mabie.



He encontrado ruinas en las montañas: estas casonas deshabitadas que ahora alimentan el verdor de bosques feraces. Cuando los muros se desmoronan, en esas piedras vencidas reconozco la fugacidad de los tiempos, y acuden a mi memoria las gentes que no están. Imágenes silenciosas que invocan una vida que persiste en la «sombra de lo que ha sido». En el paso destructor del tiempo, el hombre no solo contempla el destino de las civilizaciones, sino que se descubre a sí mismo en su propia impermanencia. La ruina se convierte en vehículo para la comprensión de la existencia, donde la lección moral y el impulso estético se funden en una serena certeza: que toda permanencia reside en la conciencia de la fragilidad.

Cercano, Bécquer, en sus cartas: «Sea cuestión de poesía, sea que es inherente a la naturaleza frágil del

hombre simpatizar con lo que parece y volver los ojos con cierta triste complacencia hacia lo que ya no existe; ello es, que en el fondo de mi alma consagro como una especie de culto, una veneración profunda por todo lo que pertenece al pasado, y las poéticas tradiciones, las derruidas fortalezas, los antiguos usos de nuestra vieja España tienen para mí todo ese indefinible encanto, esa vaguedad misteriosa de la puesta del sol de un día espléndido, cuyas horas, llenas de emociones, vuelven a pasar por la memoria vestidas de colores y de luz, antes de sepultarse en las tinieblas en que se han de perder para siempre. La vida de una nación, a semejanza de la del hombre, parece como que se dilata con la memoria de las cosas que fueron, y a medida que es más viva y más completa su imagen, es más real esa segunda existencia del espíritu en lo pasado, existencia más preferible y positiva tal vez que la del punto presente. Ni de lo que está siendo ni de lo que será puede aprovecharse la inteligencia para sus altas especulaciones: ¿qué nos resta pues, de nuestro dominio absoluto, sino la sombra de lo que ha sido?».

Las palabras de Yoshida Kenko: «Los tiempos cambian y las cosas desaparecen. Un lugar que una vez floreció se convierte en un páramo deshabitado. Percibo este sentido de temporalidad de manera más acuciante cuando veo los restos de una casa, que me es desconocida, y que hace mucho tiempo debió haber sido imponente. En algunos edificios que carecen incluso de tales restos sobreviven sólo

las piedras de asentamiento, pero nadie sabe a ciencia cierta a que pertenecieron. En todos los asuntos es una empresa inútil intentar hacer planes para un futuro que uno nunca conocerá».

En 1723, Poggii Bracciolini, en *Historiae de varietate fortunae*, escribe: «Es grave y cosa de mencionar con admiración, ver este monte Capitolino, antiguo centro del Imperio Romano y fortaleza del mundo, ante el que temblaban todos los reyes y príncipes, sobre el que tantos emperadores triunfantes ascendieron, decorado con dones y despojos de tantas y tan grandes naciones, floreciente y digno de ser visto por todo el mundo, ahora desolado y arrasado y transformado de su estado anterior, que las vides crecen en los asientos del senado y se ha convertido en un depósito de estiércol y desperdicios. Mira al monte Palatino, donde, después de que Nerón quemó la ciudad y se apoderó de los despojos del mundo entero, con las fuerzas del Imperio, la embelleció con bosques, lagos, obeliscos, pórticos, colosos, teatros de variados colores de mármol que asombraban a los observadores, la fortuna la golpeó de tal manera que la derribó y no queda rastro alguno de aquella grandeza, sólo vastas ruinas. El Foro, lugar más célebre de la ciudad para la administración de justicia, la promulgación de leyes y las asambleas del pueblo, y el Comitium, donde se elegían los magistrados, hoy desiertos y yermos por la adversidad del destino, uno sirve de refugio para cerdos y bueyes, y en el otro se cultivan hortalizas».



En Ray Oldenburg, el tercer lugar no es solo una categoría sociológica, sino una estructura existencial que revela la tensión entre la individualidad y la pertenencia; donde todavía podemos no ser nada, y por tanto, ser todo lo que somos; el lugar donde esconderse, del que habla Montaigne.



Le nombran cronista mayor de Indias. A don Antonio de Solís el encargo real lo asombra: en absoluto conoció América y son los papeles escritos por antiguos estrategos los que le acercan los episodios de guerra y de paz de los que, sin perseguirlo, civilizaron un continente. Poco antes de morir, rememora la aventura atlántica y escribe la *Historia de la conquista de México* (1684). Han pasado dos siglos: «en aquello poco que se poseía estaba tan olvidado el valor de los primeros conquistadores, y tan arraygada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecer rompiendo con la conciencia y con la reputación, dos frenos sin cuyas riendas queda el hombre a solas con su naturaleza, y tan indómito y feroz con ella como los brutos más enemigos del hombre». Su libro, famoso, es historia celebrada de una pluma inhábil. Aquí no hay vida, ni sangre, ni el ímpetu, ni el estremecimiento de Bernal Díaz. El libro no me concierne, pero en una ocasión –solo una–,

don Antonio se desata: «llegaron a un promontorio, o punta de tierra, introducida en la jurisdicción del mar, que al parecer se enfurecía con ella, sobre cobrar lo usurpado, y estaba en continua inquietud porfiando con la resistencia de los peñascos».



Ginzburg. «Su espíritu no sabía envejecer y no conoció nunca la vejez, que consiste en quedarse humillado en un rincón llorando el desmoronamiento del pasado».



Isaiah Berlin presenta las dos visiones del mundo que han moldeado el pensamiento occidental. La visión utópica sostiene que la humanidad y la sociedad pueden alcanzar la perfección. Para esta corriente, los problemas sociales son de naturaleza técnica y, por tanto, susceptibles de ser resueltos mediante soluciones adecuadas y la voluntad política necesaria para implementarlas. Aunque valora la libertad de elección, su horizonte último es un estado final en el que dicha libertad ya no resultaría indispensable: habríamos alcanzado una configuración óptima de la sociedad, en la que las decisiones individuales dejarían de ser necesarias porque todo estaría ya perfectamente ordenado.

La visión trágica, en contraste, postula que existe un conflicto inherente e irresoluble entre valores fundamentales —como la libertad y la seguridad, o la justicia y la igualdad—. Estos ideales no pueden realizarse plenamente al mismo tiempo; en muchos contextos, se excluyen mutuamente. La sabiduría, desde esta perspectiva, no radica en hallar soluciones perfectas, sino en cultivar el juicio necesario para navegar dilemas permanentes, conscientes de que toda elección implica un costo inevitable. Esta visión no ve la tragedia como un mal a erradicar, sino como una condición constitutiva de la existencia humana: «Estamos condenados a elegir, y cada elección puede entrañar una pérdida irreparable».

Ortega y Gasset: «En vez de analizar previamente lo que es, las condiciones ineludibles de cada realidad, se procede desde luego a dictaminar sobre cómo deben ser las cosas. Este ha sido el vicio característico de los progresistas, de los radicales y, más o menos, de todo el espíritu llamado liberal y democrático. Se trata de una actitud mental sobremanera cómoda. Es muy fácil, en efecto, dibujar una organización social esquemática que presente una faz atractiva. Basta para ello que supongamos imaginariamente realizados nuestros deseos o que, abandonando el intelecto a su puro movimiento dialéctico, construyamos *more geométrico* un cuerpo social exento de cuanto nos parece vicio y dotado de perfecciones formales análogas a las que tienen un polígono o un dodecaedro. Pero esta suplantación de lo

real por lo abstractamente deseable es un síntoma de puerilidad. No basta que algo sea deseable para que sea realizable, y, lo que es aún más importante, no basta que una cosa se nos antoje deseable para que lo sea en verdad».



Herzen, ha llegado al ocaso de su vida; reflexiona y examina las vivencias y convicciones que moldearon su pensamiento, su acción. Testimonio de un profundo escepticismo hacia las grandes causas y revoluciones que desatienden al individuo y su humanidad; el respeto a la dignidad humana frente a la vorágine de la historia.

«Todo lo personal se deshoja rápidamente y uno ha de resignarse a ello. No se trata ni de desesperación, ni de vejez, ni del hielo de la indiferencia; es una juventud de cabello encanecido, una de las formas de recuperación o el mismo proceso de recuperación. Sólo por este camino se puede sobrevivir humanamente a algunas heridas. En un monje, no importa la edad que tenga, siempre están presentes un anciano y un adolescente. Al enterrar todo lo personal vuelve a los primeros años de la juventud. Experimenta un cierto alivio y se encuentra a sus anchas, a veces demasiado a sus anchas. En efecto, a veces uno se siente demasiado vacío y huérfano ante las generalizaciones impersonales, las tempestades históricas y las imágenes del futuro que, como som-

bras de nubes, pasan sobre la superficie de esas tempestades. ¿Y qué pasa? Los hombres querrían conservarlo todo: las rosas y la nieve; y les gustaría que florecieran las flores de mayo al lado de los racimos maduros de uva. Los monjes ahogaban los impulsos de protesta en las oraciones. Nosotros no tenemos oraciones, pero tenemos el trabajo. El trabajo es nuestra oración».



En un libro improbable, *Cataluña vindicada*, del año 1842, el desconocido autor se desata en un himno a la creación. «Asistida de los ardientes rayos del sol la hermosa primavera, vestía los árboles de frondosas ramas, a los montes enriquecía de salutíferas yerbas, a los más profundos valles fecundaba de copiosas corrientes, a los prados ennoblecía con abundancia de silvestres flores, a los arroyos y fuentes derramaba gran copia de cristalinas aguas; la rosa reina de todas las flores en los mas bien compuestos jardines, tendidas sus coloradas ojas participaba a los mortales lo más precioso de su fragancia, el clavel ostentaba lo encendido de su ardiente natural, la azucena esparcía lo dulce de su olor; los pájaros en el aire tendidos los remos de sus ligeras alas con lo suave de sus voces daban las debidas gracias al Altísimo Señor de todo lo creado por haberles librado de los rigores, que el obscuro y tenebroso invierno

en si encierra; y todo lo restante del universo se derramaba en infinitud de alegrías».



Bruce Ross, *Journey to the interior*: «Las viejas lápidas a poca distancia de la iglesia parecen abandonadas. Piedras rotas cubiertas con elegantes runas se sitúan casi en sentido contrario. La iglesia fue un convento de monjas católicas y sus dormitorios se convirtieron en el ahora vacío hospital adyacente, que ofrecía la recuperación a los soldados de una de las grandes guerras. Hoy en día es una comunidad protestante. Dentro de la iglesia un cuadro de la crucifixión con una cruz que descansa sobre una calavera. Encima de una columna hay una luz encendida sobre un casco de cobre vacío. Cuando las monjas se iniciaban atravesaban una puerta lateral de la iglesia. Ahora los vikingos y las monjas y los soldados se han ido. Sin embargo el espectáculo de la angustia y la iluminación, la vanidad de los deseos humanos y el sufrimiento por la pureza, todavía están con nosotros.

Iglesia de Vadstena
La puerta de la gracia
Ya no está abierta».



Escribe Jarausch en *After Hitler*, «¿Cómo fue que la maquinaria militar más grande de la historia de Europa desapareció, y cómo el espíritu militar se transformó en una actitud más civil y pacífica? El asombro público por la derrota devastadora les privó de respeto social, y la cancelación de sus pensiones les obligó a transformarse en civiles para de alguna manera poderse ganar la vida. La derrota decisiva en la batalla y sus terribles consecuencias sobre el país impidieron que la Segunda Guerra Mundial fuera glorificada en retrospectiva». La expresión «derrota devastadora» no es un mero énfasis retórico, sino la huella de un fenómeno histórico y cultural: aquellas caídas tan absolutas que, más allá del campo de batalla, desgarran a las sociedades y las obligan a repensarse a sí mismas, a revisar sus valores y a reimaginar su porvenir. La victoria se celebra con júbilo y canto heroico; las derrotas menores se asimilan como accidentes del destino, tropiezos recuperables. Pero la derrota devastadora —como las de Alemania y Japón en 1945, la aniquilación de Cartago en la Tercera Guerra Púnica— marca un antes y un después, un hito que parte en dos la historia. Su peso obliga a la comunidad a reescribir su propio relato, y en esa reescritura germina la semilla de la transformación radical. No son simples pérdidas militares: son abismos que arrastran consigo certezas, símbolos y orgullos, y desde cuyas ruinas materiales y espirituales las sociedades se ven forzadas a reconstruirse, distintas, transfiguradas.



Al azar, en una biblioteca deshabitada —aunque colmada de miles de volúmenes que nadie hojea—, mi mirada se detuvo en un libro modesto, firmado por Salivilla: *Memorias de un granuja*, del año 1876. Una novela dialogada, de estilo realista y costumbrista, con ecos expresivos. El tiempo, de manera merecida, ha relegado esta obra al olvido. Sin embargo, me sorprendieron algunos fragmentos; entre ellos, uno en el que el autor convierte la miseria en espectáculo: grotesco, patético, casi teatral. La narración allí alcanza una dimensión escenográfica; parece un cuadro literario, poblado de figuras vivas, luces y sombras, contrastes que hieren y conmueven a la vez. Lo marginal, que tiempo después recogería Solana.

«Habían terminado el rancho los soldados del cuartel de la Montaña, y sobre el suelo, uno con una cazuela, otro con un plato, quién en un puchero roto, hasta dos docenas de mendigos de diferentes sexos y edades, satisfacían sus hambrientos estómagos con los sobrantes de la bazofia que la patria sirve a sus héroes. ¡Qué caras! ¡Qué actitudes y qué fachas! Al lado de la calva rugosa cabeza del viejo pordio-sero, veterano del mendrugo, hallábase la fresca tez del muchacho aprendiz de mendigo; y junto a éste, la impúdica y repugnante hetaire vagabunda, tropezando al músico ambulante narrador de robos y asesinatos, y al infeliz tullido que se arrastraba como un reptil sobre la tierra. La miseria brillaba en todo

su esplendor. Separado, aunque no mucho, de los demás mendigos, encontrábase un grupo interesante: un granuja y un perro. Comensales ambos en el festín de las sobras, casi a la vez comían en la misma caldera de rancho, abandonada in extremis a su voracidad. Habían llegado ya a los límites de la rebañadura; estaban en el extremo inverosímil de la migaja. [...]

Diferentes son los sitios en donde se reúne la gente dominguera para entregarse al cansancio del baile; pero deben, como más concurridos, citarse los siguientes: alameda de la Virgen del Puerto, pradera de la Fuente de la Teja, alrededores de Chamberí y afueras de la Puerta de Alcalá. Los infames tenduchos llamados merenderos, según el uso vulgar, proveen las necesidades del estómago (inspirador y verdugo al mismo tiempo) con la escueta sardina de cuba, el bacalao enjuto, la correosa magra, el traidor escabeche, el lacio pimientito frito y la picante guindilla —mostaza proletaria— cómplices y encubridores del peleón, el pardillo, el cariñena, la exótica cerveza, pocas veces, y el Arganda y el Rueda de cuando en cuando.

La cebolla frita, los callos —¡alimento lleno de terribles sospechas!— el estacionario caracol, servido con un alfiler que la tabernera saca de su mantón, no siempre limpio, y el tabernero de la solapa, casi siempre sucia; el arroz a la valenciana, los huevos duros, el encañado pajarillo, homeopatía del hombre, el revolucionario pisto y algunos otros manjares

ejusdem furfuris, en donde predominan el provincialismo y aun el cantonalismo culinario, proporcionan a ese digno público dominguero la manera de restaurar las fuerzas consumidas en el baile».



Regresando a Bécquer: «Hay algo providencial en el olvido que borra el pasado de la memoria de las masas, ahogando así los gérmenes de muchas violencias, de muchos odios y de muchos sombríos pensamientos. Por eso, a solas conmigo, me he preguntado más de una vez si será o no conveniente remover lo que duerme en el fondo de la conciencia del pueblo, hablándole de cosas que sólo puede perdonar olvidándolas». Nietzsche considera que un exceso de conocimiento histórico indigerible es paralizante. El espíritu, ahogado en la tiranía de lo pretérito, pierde su capacidad de acción, de generar nuevas formas. Por lo tanto, el olvido se revela como un filtro vital para la acción, la herramienta que permite a la voluntad afirmar el presente y proyectarse hacia el futuro, dejando atrás lo que solo alimenta el resentimiento y el estancamiento, para dejar la vida fluir, crear, afirmarse plenamente.



Montaigne. «El hombre es un objeto extraordinariamente vano, diverso y fluctuante. Es difícil fundar

un juicio firme y uniforme sobre él. Parece que el alma turbada y conmovida se pierde en sí misma si no se le brinda un asidero, y hay que proporcionarle siempre algún objeto al que atenerse y sobre el que actuar».



Como un amanecer que muestra en su resplandor la certidumbre del ocaso, la democracia florece en el mundo de las ideas, donde la esencia de las cosas existe pura y eterna con la esperanza de ser perenne; pero el mundo tangible es perecedero, ciclo, repetición, la roca en su eterna caída. En la vastedad, no distingue entre la voz del sabio y el grito del insensato. En su ideal de justicia total, en su afán de dar a cada uno un peso igual, aparece la confusión entre libertad y desorden, entre derecho y capricho, entre opinión y verdad. Cuando todas las ideas se reclaman iguales, la sabiduría pierde su valor y la demagogia se viste de razón. Las palabras ya no significan lo que eran, se convierten en herramientas de poder, en espejos que reflejan lo que cada cual desea ver. La voz de la multitud es estruendo, la autoridad se disuelve, la responsabilidad se diluye, la política se vuelve mercado, las promesas moneda de cambio, el arte de gobernar cede ante la habilidad de seducir, y en el caos de voces discordantes –la tiranía de Platón–, nace el anhelo de orden de los abrumados, revelación de lo latente. Se cierra el círculo,

como la inevitabilidad de las estaciones, como un río que al nacer ya presiente el mar.



Alarcón en la Alpujarra, viaje iniciático, un libro que me asombra en cada lectura. «En esos pueblos tristes, probados de continuo por el rigor celeste como las almas de los escogidos, reina una gran actividad en las imaginaciones, y la fe en Dios es más viva, el deseo de la gloria eterna más apremiante, y el miedo al demonio, y aún a otros espíritus que no reconoce la Iglesia, tanto mayor, cuanto más justificado se halla. ¿Quién ha de creer en duendes y aparecidos, por ejemplo, en una riente población tendida en verde llanura, entre pájaros y flores, o reclinada frente al azul Mediterráneo, en el perfumado seno de una perpetua primavera? ¿Y quién ha de dejar de sentir todo linaje de terrores allá en la región de las nubes, rodeado de sombras, entre los elementos desencadenados, y sin más consuelo ni refugio contra la hostilidad de la Naturaleza que el amor de la esposa, la piedad de los hijos y las dulces promesas que manan de los labios del señor cura?».



«Cuando la noche es más oscura; cuando la nieve borra hasta las lindes de los senderos, cuando supone que los guardas de los montes del Estado no se

atreverán a aventurarse por aquellas brechas profundas y aquellos bosques de árboles intrincados y sombríos, entonces la añonera, desafiando todos los peligros, adivinando las sendas, sufriendo el temporal, escuchando por uno y otro lado los aullidos de los lobos, sale furtivamente de su lugar. Más bien que baja, puede decirse que se descuelga de roca en roca hasta el último valle que lo separa del Moncayo; armada del hacha penetra en el laberinto de carrascas oscuras, a cuyo pie nacen espinos y zarzas en montón, y descargando rudos golpes con una fuerza y una agilidad inconcebibles, hace su acopio de leña que después oculta para conducirla poco a poco, primero a su casa y más tarde a Tarazona, donde recibe por su trabajo material, por los peligros que afronta y las fatigas que sufre, seis o siete reales a lo sumo. Francamente hablando hay en este mundo desigualdades que asustan. ¿Quién puede sospechar que a la misma hora en que nuestras grandes damas de la corte se agrupan en el peristilo del teatro Real, envueltas en sus calientes y vistosos albornoces, y esperan el carruaje que ha de conducir las sobre blandos almohadones de seda a su palacio, otras mujeres, hermosas quizás como ellas, como ellas débiles al nacer, sacuden de cuando en cuando la cabeza de un lado a otro para esparcir la nieve que se les amontona encima, en tanto que rodeadas de oscuridad profunda, de peligros y de sobresaltos, hacen resonar el bosque con el crujido de los troncos que caen derribados a los golpes del hacha?». Bécquer



En un periódico alguien anónimo escribe, con sangre: «Una niña de 17 años que fue violada cuando era niña terminó su vida a través de la eutanasia legal en los Países Bajos después de que los médicos acordaron que su sufrimiento era ‘insostenible’. En este país la eutanasia es legal desde los 12 años. Cuando se juntan la tragedia personal, el histrionismo instagramero, una probable educación con una nefasta intolerancia a la frustración, la dejadez social desde el nivel familiar al nacional, una dudosa ley, pues esta niña tenía 17 años, menor de edad para muchas cosas que requieren madurez (pues más madurez requiere decidir en estos términos). Demasiados suicidios en niños y adolescentes, mientras mujeres violadas reiteradamente, niños soldado esclavizados y gente que ha pasado verdaderas penurias, se juegan la vida para tener vida. A mi esta noticia me parece un escándalo y, aunque hubiera un precipitante lamentable de abusos, esto huele a un lamentable teatro nacional de un occidente enfermo. Me quedo con los africanos con los que trabajo. Yo hubiera dejado a esta chica en mitad de un monte, sin móvil, sin espectadores como terapia de curación de supervivencia. Esto es el colmo de la banalización social de la pérdida de una vida hecha pusilánime a base de la tontería generalizada. Sé muy bien de qué hablo y el que trabaje con gente pobre que no vive

embebida en este falso mundo de pantallas y paredes, me entenderá perfectamente». 2019



Josep Pla, en su mundo, a ras de tierra: «A los campesinos, les gusta el pescado; a los pescadores, la ternera con guisantes. Los intereses generales solo existen cuando se produce la presunción de que repercutirán en la propia y personal contabilidad. Los sistemas filosóficos tal vez contribuyen poco a la felicidad general; que contribuyen a la felicidad y a la satisfacción de sus autores es incuestionable. Todo es relativo, socialmente hablando lo que es verdad en Figueras es mentira en Perpiñán. Lo que en 1900 era considerado un dogma, en 1918 se discute. Yo soy partidario del mundo social creado por el cristianismo, que en este país ha producido a personas bastante apreciables. Nosotros venimos de los libros; nosotros hemos leído y leemos los libros, creemos que hemos vivido porque hemos leído los libros, los libros nos han dado la esperanza de alguna cosa, los libros nos han sugerido la esperanza de alguna cosa, hemos esperado años y años que alguna cosa se produciría. ¿Que se ha producido? Absolutamente nada, nada. Es mejor no tener ninguna idea que cambiar de opinión, esto último no es perdonado ni por los amigos».



En Azorín: «Los sistemas filosóficos nacen, envejecen, son reemplazados por otros. Materialismo, espiritualismo, escepticismo... ¿dónde está la verdad? El hombre juega con las filosofías para distraer la convicción de su ignorancia perdurable. Los niños tienen sus juguetes: los hombres los tienen también. Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Hegel, Kant, son los grandes fabricantes de juguetes».



Borges: «el pasado es arcilla que el presente labra a su antojo. Interminablemente». Evgeni Vodolazkin: «al leer escritos históricos, no estamos tratando tanto con eventos como con ideas sobre ellos. Y eso es inevitable. La memoria histórica puede ser selectiva y no está determinada por los contemporáneos de los eventos, sino por aquellos que trabajan con estas descripciones posteriormente. Este fenómeno es muy común ahora. La historia es vista como un espejo en el que nuestros contemporáneos se ven a sí mismos. Con cualquier cambio social, la historia comienza a reescribirse de acuerdo con la conveniencia política. Todos nos convertimos gradualmente en personas con un pasado impredecible». Lessing. «Cualquiera que lea historia sabe que las convicciones intensas y apasionadas de un siglo suelen parecer increíbles y absurdas al siguiente. No hay ninguna época en la historia que nos parezca como debió ser para las personas que la vivieron. En cual-

quier época lo que vivimos es el efecto sobre nosotros de las emociones colectivas y de condiciones sociales de las que es casi imposible separarnos. A menudo las emociones colectivas son las que parecen más nobles, mejores y más bellas. Y, sin embargo, dentro de un año, cinco años, una década, cinco décadas, la gente se preguntará: ¿Cómo pudieron creer eso? Porque se habrán producido acontecimientos que habrán desterrado dichas emociones colectivas al basurero de la historia».



Claude Levi-Strauss: «Ya no hay nada que hacer, la civilización no es más esa flor frágil que preservábamos, que hacíamos crecer con gran cuidado en algunos rincones abrigados de un terruño rico en especies rústicas, sin duda amenazadoras por su lozanía, pero que permitían variar y vigorizar el plantel. La humanidad se instala en el monocultivo; se dispone a producir la civilización en masa, como la remolacha. Su comida diaria sólo se compondrá de este plato». Me cuenta que en su casa de comidas, donde se sirve lo que cocinaba mi abuela el siglo pasado —patatas con sepia, guisantes, lentejas estofadas, carne con setas, arroz caldoso, fideos a la cazuela, sardinas a la brasa, canelones, buñuelos de bacalao, alubias, sopa de caldo—, entre sus agradecidos clientes —yo mismo—, no hay jóvenes. Educados en

la comida absurda, la profecía del antropólogo se ha realizado, de la peor manera.



En el *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, de Pedro de Medina, editado en Sevilla el año, 1549, se viaja por un mundo insólito. En la población de Denia se practicaba la «muerte suave o de voluntad», que consistía en lo siguiente: «Guardaban públicamente cierta confección de ponzoña mezclada con zumo de cicuta, para la dar a quien de su voluntad se quisiese matar, con tal que primero manifestase ante los gobernadores algunas de las causas legítimas que le movían a fenecer sus días, las cuales eran enfermedad larga, dolor sobrado, tristeza demasiada, o gran pobreza, o mucho vivir, o temor de caer en algún desastre o peligro crecido».



Michael Oakeshott: «Primero hacemos todo lo posible para destruir la autoridad parental (por su supuesto carácter abusivo), luego deploramos sentimentalmente la escasez de ‘buenos hogares’ y acabamos por crear sustitutos que completen la tarea de destrucción. Y es por esta razón que, entre otras cosas corruptas e insalubres, tenemos el espectáculo de un conjunto de políticos beatos racionalistas predicando una ideología del altruismo y del servicio social a

una población en la que ellos y sus predecesores han hecho todo lo que han podido para destruir la única raíz viva del comportamiento moral».



En su libro de título maravilloso: *Extraordinary popular delusions and the madness of crowds*, publicado en 1841 –mirada clara a los tiempos, este hombre conocía el alma humana–, Charles Mackay relata cómo a veces naciones enteras, en un arrebatado de fervor y temeridad, se entregan ciegamente a la persecución de un único ideal, hasta perderse en el frenesí de su delirio. Ecos de una tragedia antigua, la fiebre colectiva resuena en sus páginas: «De pronto, una nación, desde los nobles hasta los plebeyos, se ve consumida por un ardiente deseo de gloria militar; otra, se precipita en el abismo de una obsesión religiosa. Y ninguna recobra la cordura hasta que la sangre corre en ríos y se siembra un campo de lamentos y lágrimas, cuya cosecha amarga recogerán sus descendientes». Pasiones desbocadas se apoderan de la imaginación de millones, y adquieren vida propia. Una fuerza indomable que arrastra a las comunidades hacia precipicios de irracionalidad. Concluye Mackay: «Los hombres, se ha dicho con justicia, piensan en manada y enloquecen en rebaño, y solo recuperan la razón lentamente, uno por uno». Con su mirada penetrante, habla Nietzsche, voz profética que ahonda la herida: «La locura es rara en

los individuos, pero en los grupos, partidos, pueblos y épocas, es la regla».



«Tendemos a rechazar o ignorar las evidencias que desmienten nuestras opiniones preexistentes. No nos perocupamos por la verdad sino por defender nuestro territorio. Estamos predispuestos a adaptar nuestra opinión a la de la mayoría (o a la de cualquier grupo del que queramos formar parte), incluso aunque hacerlo sea irracional». Jason Brennan.



Teófilo era un hombre bueno de granada hacienda, nos dice Berceo que vestía a los desnudos y hartaba a los hambrientos, al que por su bondad nombran obispo. El diablo lo tienta y se convierte en un hombre «mesquino, de Dios desamparado, venciólo so lucura e muda del peccado». Arrepentido, se ampara en el perdón de la virgen, y la previene, «sennora benedicta, reína coronada, que siempre fazes preces por la gent desbiada, non vaya repoyado yo de la tu posada, si non dizrán algunos que ya non puedes nada». Otro pecador, cuenta Gonzalo, pide la gracia a la virgen y el diablo le recuerda que en la ley, «escrito es que homne allí do es fallado o en bien o en mal, por ello es judgado; si esti tal decreto por ti fuere falsado, el pleit del Evangelio todo es descui-

dado». Rendida por el argumento legal, la virgen lo acomoda, «Fabras –diz la Gloriosa– a guis de cosa nescia; non te riepto, ca eres una cativa bestia; cuando ixió de casa, de mí priso licencia, del pecado que fizo yo'l daré penitencia».



Arendt. «Lo que prepara a los hombres para la influencia del totalitarismo es el hecho de que la soledad, antes una experiencia límite generalmente sufrida en ciertas condiciones sociales marginales como la vejez, se ha convertido en una experiencia cotidiana de las crecientes masas de nuestro siglo».



«Esta mujer había tenido una infancia terrible, trabajando en una granja desde los siete años entre semibrutos alcohólicos. Su adolescencia fue demasiado breve para que pudiera acordarse. Tras la muerte de su marido trabajó en una fábrica para sacar adelante a sus cuatro hijos; en pleno invierno iba a buscar agua al patio para que toda la familia se lavara. Con más de sesenta años, recién jubilada, accedió a ocuparse otra vez de un niño, el hijo de su hijo. A él tampoco le había faltado de nada, ni ropa, ni buenas comidas los domingos, ni amor. Ella le había dado todo eso. Un examen mínimamente exhaustivo de la humanidad debe tener en cuenta necesariamente es-

te tipo de fenómenos. En la historia siempre han existido seres humanos así. Seres humanos que trabajaron toda su vida, y que trabajaron mucho, sólo por amor y entrega; que dieron literalmente su vida a los demás con un espíritu de amor y de entrega; que sin embargo no lo consideraban un sacrificio; que en realidad no concebían otro modo de vida más que el de dar su vida a los demás con un espíritu de entrega y de amor. En la práctica, estos seres humanos casi siempre han sido mujeres» Houellebecq.



Dos páginas asombrosas: la de Alarcón, de 1874, y la de Carlo Levi, de 1945. Aunque separadas siete décadas y mundos culturales distintos, dialogan con insólita armonía al indagar en la condición humana en los márgenes de la civilización. Invitan a contemplar la vida allí donde el tiempo parece haberse detenido, donde la modernidad y el progreso no han logrado abrirse paso, donde la soledad y el aislamiento dan forma a un modo singular de existencia.

Alarcón: Los moradores del valle de Lecrín se «fijaban en nosotros y en la diaria novedad de la diligencia una tranquila mirada, como diciéndonos: ‘También esto es mundo, aunque para ustedes sea un trámite’. Todas estas efectividades brutales, que en los dichosos tiempos en que mi espíritu sólo se alimentaba de novelas, me hubieran parecido materialidades insulsas, iban cautivando poderosamente

mi atención. Y es que cuando ya se ha vivido; cuando desde la cumbre de la edad empieza uno a discernir sintéticamente el casuismo de cada existencia humana y las vicisitudes generales de la Historia, la mente se recrea en hacer la sinopsis de los montes y las aguas; en ver, por ejemplo, dónde nacen los ríos, cómo se enriquecen, qué fatalidades físicas les trazan rumbo, por qué se convierten de vasallos en señores y de qué manera fenecen en el piélago insondable. Lo que hay donde no hay nada. Delante de nosotros había una reducida cañada, inculta y melancólica, sin más vestigio humano que una ondulante vereda, la cual bajaba a lo hondo, se remontaba luego a la loma de enfrente, y desaparecía en busca de otra cañada y de otra loma. La segunda cañada estaba tan sola como la primera. Quiero decir que su absoluta soledad excluía hasta la presencia, más o menos remota, de otras montañas u otro cielo que el cielo y las montañas de su limitadísimo horizonte. Era aquello de *a solas, sin testigos*, que dice Fray Luís de León. Era una soledad sin esperanza, o sea sin perspectivas del mundo».

Carlo Levi: «Cristo nunca llegó aquí, ni ha llegado el momento, ni el alma individual, ni la esperanza, ni la relación entre causa y efecto, ni la razón y la Historia. Cristo no llegó, como no llegaron los romanos, que custodiaban las carreteras principales y no entraban en las montañas y los bosques, ni los griegos. Ninguno de los hombres atrevidos del oeste trajo aquí su sentido del tiempo en movimiento, o su

deificación del Estado, ni su actividad constante. Nadie ha tocado esta tierra, sino como un conquistador o un enemigo o un visitante incapaz de comprender. Las estaciones pasan sobre el duro trabajo de los campesinos, hoy como tres mil años antes de Cristo, ningún mensaje humano o divino se ha dirigido a esta pobreza resistente. Hablamos un idioma diferente: nuestro lenguaje es incomprensible aquí. Los grandes viajeros han caminado los caminos de su propia alma, y los del bien y del mal, de la moral y de la redención. Cristo descendió a los infiernos subterráneos del moralismo judío para romper sus puertas al tiempo y sellarlos en la eternidad. Pero en esta tierra oscura, sin pecado ni redención, donde el mal no es moral, sino un dolor en la tierra, que está para siempre en las cosas, Cristo no descendió. Cristo se detuvo en Eboli».



Como en Alarcón y Levi, el relato de Samuel Johnson de su viaje a Escocia en 1773 se aleja de la crónica para desentrañar el alma de una tierra inhóspita, en la que el individuo se diluye en un entorno marcado por la necesidad: «pueblo analfabeto, cuya existencia se resume en una serie de calamidades, donde cada mañana trabajan para allegar recursos para la noche, y donde las congojas y los placeres surgen del terror del invierno, la expectativa de la primavera, los caprichos de sus jefes y las acciones de los clanes

vecinos. Los montañeses son ladrones porque son pobres, y al no tener manufacturas ni comercio sólo se pueden enriquecer mediante el robo, y saquean a sus vecinos porque sus vecinos suelen ser sus enemigos». De esta observación sobre la pobreza extrema, Johnson deriva un principio: «El verdadero estado de toda nación es el estado de la vida ordinaria. Los modales de un pueblo no se encuentran en las escuelas de erudición o en los palacios de la grandeza, donde el carácter nacional se ve oscurecido o desvaído por los viajes o la instrucción, por la filosofía o la vanidad; tampoco en las reuniones de los alegres o en los banquetes de los ricos se puede estimar la felicidad pública. La gran masa de la nación no es ni rica ni alegre. Lo que en conjunto constituye el pueblo, se encuentran en las calles y en las aldeas, en las tiendas y en las granjas, y de ellos considerados colectivamente debe tomarse la medida de la prosperidad general».



Marco Aurelio: «Cada uno vive exclusivamente el presente, el instante fugaz; lo restante, o se ha vivido o es incierto; insignificante es, por tanto, la vida de cada uno, e insignificante también el rincón de la tierra donde vive. Todo es efímero: el recuerdo y el objeto recordado».



Claude Lévi-Strauss. «Si el budismo intenta, como el islam, dominar la falta de medida de los cultos primitivos, es gracias al apaciguamiento unificante que lleva en sí la promesa de retorno al seno materno y reintegra el erotismo después de haberlo liberado del frenesí y de la angustia. Por el contrario, el islam se desarrolla según una orientación masculina. Encaustrando a las mujeres, echa el cerrojo al seno materno: del mundo de las mujeres, el hombre ha hecho un mundo cerrado. Por ese medio, sin duda, espera también ganar el sosiego; pero pagando la prenda de exclusiones: la de las mujeres, fuera de la vida social, y la de los infieles, fuera de la comunidad espiritual. El budismo concibe más bien ese sosiego como una fusión: con la mujer, con la humanidad, como una representación asexual de la divinidad.

Los hombres han hecho tres grandes tentativas religiosas para liberarse de la persecución de los muertos, de la malevolencia del más allá y de las angustias de la magia. Separados por el intervalo aproximado de medio milenio, han concebido sucesivamente el budismo, el cristianismo y el islam; y asombra que cada etapa, lejos de marcar un progreso sobre la precedente, muestre más bien un retroceso. No hay más allá para el budismo; todo se reduce a una crítica radical, como nunca más la humanidad será capaz de hacerla, al término de la cual el sabio desemboca en un rechazo del sentido de las cosas y de los seres: disciplina que anula el universo

y que se anula a sí misma como religión. Cediendo nuevamente al miedo, el cristianismo restablece el otro mundo, sus esperanzas, sus amenazas y su juicio final. Al islam no le queda más remedio que encadenar éste a aquél: el mundo temporal y el mundo espiritual se encuentran reunidos. El orden social se adorna con los prestigios del orden sobrenatural, la política se vuelve teología. Al fin de cuentas, se han reemplazado espíritus y fantasmas, a quienes la superstición no llegaba a dar vida, por maestros demasiado reales, a los cuales se les permite, además, monopolizar un más allá que agrega su peso al peso ya aplastante del aquí».



Tocqueville: «¿Llegaremos, como nos aseguran otros profetas, tal vez tan vanos como sus predecesores, a una transformación social más completa y más profunda de la que habían previsto y querido nuestros padres, y que ni siquiera nosotros mismos podemos concebir aún, o no habremos de acabar, simplemente, más que en esta intermitente anarquía, enfermedad crónica e incurable bien conocida de los viejos pueblos? En cuanto a mí, no puedo decirlo, ignoro cuándo acabará este largo viaje. Estoy cansado de confundir con la orilla, una y otra vez, unas nieblas engañosas, y frecuentemente me pregunto si esa tierra firme que buscamos desde hace tanto tiempo

existe en realidad, o si nuestro destino no será más bien el de azotar la mar eternamente».



Es niebla, océano de anhelos, prejuicio antiguo, juego de reflejos, vaivén de corrientes invisibles, el calor de un discurso, el frío de un rumor, el juicio que se inflama en la palabra incendiada, es Larra, hace dos siglos: «Cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que éste es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinario al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razón, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin porqué, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y charlatana, y objeto de su olvido o de su desprecio el mérito modesto; que olvida con facilidad e ingratitud los servicios más importantes, y premia con usura a quien le lisonjea y le engaña; y, por último, que con gran sinrazón queremos confundirle

con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados».



Vivimos en una época paradójica: nunca antes la humanidad ha tenido acceso a un volumen tan inmenso de conocimiento y, sin embargo, jamás ha sido tan evidente la distancia entre lo que creemos saber y lo que en verdad sabemos. Se revelan dos dimensiones: la fragilidad intrínseca del conocimiento humano y el vasto poder de los medios de comunicación, capaces de moldear la realidad compartida y de transformar la percepción colectiva del mundo. Ambas convergen en la inquietante facilidad con que nuestras creencias se construyen, no sobre el saber, sino sobre sesgos, inercias y representaciones impuestas.

Karl Popper advertía que la televisión había adquirido un poder semejante al de una autoridad absoluta: su voz resonaba como la de una deidad civil, dirigida a millones y capaz de configurar la realidad con una eficacia persuasiva sin precedentes. Este poder, decía, era «demasiado grande»: ninguna sociedad democrática podría sobrevivir si no se ponía fin a su abuso. Al moldear la realidad según los intereses de quienes la controlan, los medios socavan el juicio independiente y la deliberación racional, pilares de toda sociedad abierta. Los ciudadanos terminan por interiorizar narrativas presentadas como

verdades indiscutibles, sin someterlas al escrutinio crítico. Y si la democracia se sostiene en la deliberación libre y el juicio informado, este monopolio discursivo resulta corrosivo: el ciudadano ya no piensa, solo recibe dictámenes.

Ryszard Kapuściński ahonda en esta perspectiva al revelar el engranaje invisible del silencio y la omisión. Recordaba que «los medios de comunicación son los más manipulados, porque han sido concebidos como instrumentos para modelar la opinión pública». No hace falta falsear los hechos: basta con seleccionar qué mostrar y qué callar para dictar una visión del mundo. En la prensa escrita, la manipulación se disfraza de técnica: una noticia relegada al margen, un titular que se infla o se encoge, un acontecimiento al que se concede apenas un párrafo. Pero en la televisión, el artificio alcanza una sutileza aún más inquietante: «no es necesario mentir; basta con no decir la verdad: omitir el tema». Así, los medios se convierten en arquitectos del imaginario social, ingenieros de la memoria colectiva que eligen no solo qué recordamos, sino también la forma en que lo recordamos. La «historia telefalsificada» no es una simple mentira: es un mundo alterno, una realidad sustituta que, con frecuencia, pesa más que la experiencia vivida.

En otro plano, resuenan las páginas de Francisco Sánchez, quien ya en 1581 proclamaba en *Quod nihil scitur* (Que nada se sabe) la imposibilidad de un conocimiento cierto. Para él, todo lo que creemos sa-

ber descansa en la fragilidad de los sentidos, falibles, y de la razón, que hereda sus errores. «Dicen que saben, pero no saben ni siquiera que no saben. Todo lo que creemos saber lo sabemos de forma tan incierta que bien podríamos decir que no lo sabemos». Su advertencia ilumina nuestra paradoja actual: si en su tiempo la incertidumbre provenía de las limitaciones humanas, hoy se multiplica a través de un entramado mediático-industrial que fabrica realidades en serie. El «cañaveral que se dobla con cada viento de doctrina», en palabras de Sánchez, se convierte en metáfora precisa del ciudadano expuesto a la corriente mediática. Si el hombre ya era falible por naturaleza, ahora lo es también por diseño.

En la era de la desinformación, donde el oráculo de las pantallas dicta verdades y el silencio moldea más que las palabras, la realidad se teje por otros. En este vasto teatro de sombras, el conocimiento se confunde con la percepción, y la verdad se oculta tras lo que se nos permite ver. Solo la duda, hacia lo que repetimos sin cuestionar, nos libra de ser meros cañaverales al viento de doctrinas ajenas. La duda no obstaculiza el saber: es su única garantía.



Anaïs Nin señala que no vemos las cosas como son, sino como somos. Contemplamos el mundo a través de un cristal deformado por nuestros miedos, heridas, deseos, sorprendidos que otros perciban algo

distinto en el mismo paisaje. Y es que antes de aceptar que el mundo es incomprensible, estamos decididos a asimilar lo que sea. Toda explicación, por disparatada que resulte, nos parece preferible al vértigo del caos. La gente es irracional, apunta David Rieff: quieren explicaciones donde no las hay, buscan milagros, necesitan culpar a alguien. Nos urge convertir el azar en destino, la desgracia en conspiración, la incertidumbre en argumento. Creamos culpables para no admitir que, a veces, la culpa se diluye entre todos y, a la vez, en nadie. Julio César, observó que los hombres creen fácilmente lo que desean. Nuestro cerebro prefiere la comodidad de lo previsible a la desazón de lo imprevisto.

Queremos que el universo tenga sentido, que se ajuste a nuestras expectativas. Y cuando no ocurre, cuando la realidad se niega a plegarse a nuestro guion, surge la contrariedad y llegamos a exigir lo que es inalcanzable. Pamuk destaca que la humanidad pide lo imposible a los gobiernos. No solo resultados: exige milagros, seguridad absoluta, prosperidad sin coste, justicia sin dolor. Pedimos que nos protejan de todo riesgo sin limitar nuestra libertad, resolver problemas centenarios, satisfacer deseos contradictorios al mismo tiempo. Y cuando fracasan, porque el fracaso es la única respuesta posible ante semejantes expectativas, los acusamos sin piedad. El escritor irlandés Richard Steele advertía el siglo dieciocho, cuando las obras literarias empezaban a difundirse, que «las novelas crean expectativas que el

curso ordinario de la vida nunca puede realizar». ¿Solo las novelas? Reescribiendo la sentencia: «las ideologías crean expectativas que el curso ordinario de la vida nunca puede realizar».

Esta exigencia de lo imposible no solo garantiza el fracaso: también determina cómo lo interpretamos. Pancol observa que a los intelectuales no les gusta el éxito; prefieren la épica del fracaso. Hay algo sospechoso en la derrota: confirma nuestros prejuicios sobre el mundo, nos coloca en el bando moral correcto, nos exime de complicarnos con las ambigüedades del triunfo. El fracaso es transparente; el éxito, en cambio, nos condena a enfrentar lo incierto. Michael Oakshott cierra el círculo con una observación devastadora: el proyecto de encontrar un atajo al cielo es tan antiguo como la propia humanidad. Siempre hemos buscado la fórmula mágica, el sistema perfecto, la ideología que lo resuelva todo, el líder que nos salve. Cada generación cree haber hallado el camino corto hacia el paraíso, y cada generación descubre que el paraíso no tiene atajos. Pero la siguiente generación volverá a intentarlo, porque preferimos la esperanza del atajo a la incertidumbre del camino largo.

Mataró, 30.10.2025

